

**¿SIGUE VIGENTE LA TEORÍA
Y PRÁCTICA DEL
MARXISMO LENINISMO?**

*Comunicación del académico Gral. Hugo Mario Miatello,
en la sesión privada de la Academia Nacional de Ciencias
Morales y Políticas, el 12 de noviembre de 1997*

¿SIGUE VIGENTE LA TEORÍA Y PRÁCTICA DEL MARXISMO LENINISMO?

Por el académico GRAL. HUGO MARIO MIATELLO

Introducción

En una disertación en la sesión pública de esta Academia, realizada el 13 de noviembre de 1991, comenté en el párrafo introductorio: “El siglo XX es el siglo de la génesis, apogeo, crisis, decadencia y extinción de grandes ideologías”.

Lo es también del surgimiento y desaparición de los modernos estados totalitarios, formas políticas nacidas en distintas naciones, supuestamente inspiradas y mantenidas por la vigencia de aquellas (las ideologías).

En la apertura del acto, el académico Presidente doctor Jorge A. Aja Espil dijo en un párrafo de presentación: “No recuerdo en ningún momento de la historia contemporánea en que se haya hablado con palabras más categóricas sobre el ocaso de las ideologías. y tanto, que muchos pensadores están dispuestos a dejarse llevar por la idea de que nuestra civilización ha llegado al final de una gran y peligrosa aventura”.

Es preciso recordar que en otra disertación titulada “Controversia en torno del fin de la ideología”, en 1987, comenzamos diciendo: “En la década del 60 se acentuó la polémica en torno del fin de la ideología, entre los partidarios de la teoría de la ‘desideologización’ (neologismo) y sus adversarios. Se publicó y se distribuyó mucha bibliografía sobre la posible declinación de la ideología”.

Se difundieron conceptos como éstos: “La época de las ideologías ha finalizado”. “El mundo ha dejado atrás las ideologías anticuadas para pasar a una estrategia social mucho más sutil y flexible”, “Las viejas ideologías han perdido su verdad y su capacidad de persuadir”.

Si bien la presión ideológica continuó tres décadas luego de estas afirmaciones, hoy nos preguntamos si es oportuno

plantearnos si subsiste la teoría y praxis del marxismo-leninismo.

Veremos luego de un somero análisis del tema, si se justifica el mismo.

En principio, nuestro interés en el marxismo leninismo es porque, es bueno recordarlo, el comunismo fue el primer sistema totalitario aparecido en Europa en el siglo XX.

Con su ideología, comenzó a socavar los conceptos y derechos liberal democráticos, tarea que luego prosiguieron los otros sistemas totalitarios, el fascismo y el nazismo, aunque éstos se declararon enemigos del comunismo.

Al respecto, es necesario recordar que las ideas de Carlos Marx y Federico Engels aparecieron en la primera mitad del siglo XIX y que Lenin empezó a actuar a fines del mismo siglo. A principios del siglo XX, precisamente en 1903, organizó el ala bolchevique de la social democracia rusa y ocupó, luego de la revolución que derrotó a Kerensky el 7 de noviembre de 1917, la presidencia del “Consejo de los Comisarios del Pueblo”, autoridad política de la nueva Rusia, que originó la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas.

Lenin fue quien creó la primera muestra de un Estado dictatorial basado en los principios del jefe y de la elite, del terror y de la policía secreta. Con ello dio el modelo al fascismo y al nacional socialismo.

Estos últimos movimientos son ideológica y políticamente posteriores. El partido nacional socialista fijó el programa de 25 puntos en 1920. *Mein Kampf* (Mi lucha) de Adolfo Hitler, fue escrito entre 1923 y 1927 y Hitler fue electo Presidente y canciller del Tercer Reich en 1933.

El fascismo fue fundado a partir de 1919 y Benito Mussolini, su jefe, marchó sobre Roma en octubre de 1922, llegando a ser primer ministro de Italia.

Posteriormente, los dos jefes se erigieron como dictadores, acabando sus vidas y sus sistemas políticos, como es de conocimiento de todos, en 1945, al fin de la II Guerra Mundial.

Para esa época, adquiere relieve la figura de quien ya era el dictador de la URSS, desde 1927: José Stalin.

Si Lenin fue quien creó la primera muestra de un Estado dictatorial, Stalin no se quedó atrás con sus muestras del ejercicio del terror. Llegó a los “Procesos de Moscú” cuyo curioso desarrollo fue criticado mucho en el mundo.

Mediante decenas de miles de ejecuciones y deportaciones, destruyó toda opinión contra su política. Esto fué puesto en evidencia en la misma URSS, cuando luego de su muerte, sus sucesores (entre ellos Nikita Kruschev) derrumban el llamado culto de la personalidad.

En el orden internacional, derrotadas las manifestaciones totalitarias nazi fascistas, el régimen comunista y la ideología marxista leninista subsistieron formalmente hasta el fin de la guerra fría.

Este fenómeno, originado en 1945 luego de la II Guerra Mundial, caracteriza el enfrentamiento entre EE.UU. de América y sus aliados y el grupo de naciones lideradas por la Unión Soviética, que no produjo un conflicto militar directo entre ambas superpotencias, pero sí surgieron intensas luchas políticas, diplomáticas y económicas.

Los distintos intereses condujeron a una sospecha y hostilidad mutuas, enmarcadas en una rivalidad ideológica en aumento, en el marco de la cual se produjeron conflictos regionales en los cuales intervinieron las superpotencias de acuerdo con su posición política.

En 1985, cuando llegó al poder en la URSS Mijail Gorbachov, en el desarrollo de sus políticas, la Glatsnot y la Perestroika, acordó con Reagan, presidente de los EE.UU., reducir la presencia de las superpotencias en los conflictos en Europa y moderar la competencia ideológica en el mundo.

Las tensiones se redujeron y mucho más cuando las tropas soviéticas se retiraron de Afganistán.

Entre 1989 y 1991 se producen los hechos más salientes que marcan la desaparición de las manifestaciones más agudas de la guerra fría: la caída del régimen dictatorial comunista de Ceausescu en Rumania, en 1989; en el mismo año el triunfo en elecciones del Movimiento Solidaridad en Polonia y el triunfo de Walesa en 1990; para este año las primeras elecciones libres en Hungría; la derrota de la mayoría comunista en Checoslovaquia en 1989; en noviembre de 1989 cayó el muro de Berlín y el 3 de octubre de 1990 se reunificó Alemania.

Finalmente se produce el colapso de la Unión Soviética con la independencia, durante 1991, de las últimas Repúblicas que la constituían luego de la separación de los países bálticos: Estonia, Letonia y Lituania. El 21 de diciembre de 1991 la URSS dejó formalmente de existir.

En las ex Repúblicas Soviéticas, incluida Rusia, continúan hasta la fecha problemas heredados de la era

comunista. Los más importantes los constituyen las luchas políticas entre los restos de los Partidos Comunistas y los nuevos movimientos que se han organizado.

Este panorama en el centro del poder ideológico, hace surgir una visión optimista de un nuevo orden en donde no tendría cabida el comunismo y consecuentemente desaparecería la ideología marxista leninista.

Para establecer si esto se produce y responder a la pregunta formulada, considero conveniente desglosar algunos principios básicos existentes en una frondosa bibliografía elaborada a través del tiempo sobre la materia y analizar, posteriormente, algunos aspectos modernos que pudieran sernos de utilidad.

Precisiones conceptuales

En la necesidad de indagar en profundidad el pensamiento de Marx y de Lenin, concretando una definición del llamado marxismo-leninismo, y poder así especificar algunos principios básicos que caracterizarían su doctrina, me veo obligado a insistir sobre lo tratado en otras oportunidades. Por ejemplo: las disertaciones mencionadas en la introducción “Controversia en torno del fin de la ideología” y “Síndrome de las ideologías”; los “Fundamentos del marxismo-leninismo”(1987); cinco artículos periodísticos publicados en el periódico “La Prensa” (julio de 1992) y “La Sombra de Hegel y Marx, el Fin de la Historia” (1994).

Estas publicaciones resumen una vasta bibliografía sobre el marxismo leninismo e intento ahora resumir aún más esos conceptos, para ajustarlos a esta breve “comunicación”.

No es tarea fácil y siempre estará sujeta a discusión la definición misma del marxismo. El tiempo transcurrido desde su aparición (hace más de siglo y medio) hasta nuestros días, ha hecho que ciertos términos, algunos utilizados en un principio como sinónimos, quisieran tener significados o matices distintos para crear diferencias.

Estos términos son: marxismo, comunismo, socialismo científico, socialismo marxista, comunismo científico, y finalmente marxismo leninismo.

Comencemos por establecer que “marxismo” es un término que se vincula con la obra de Carlos Marx (1818-1883) y Federico Engels (1820-1895), estrechamente unidos por amistad y actividad común.

Ellos no presentaron sus ideas ni las expusieron en forma ordenada dando lugar a obras sistemáticas, sino que escribieron numerosos libros con conceptos sobre filosofía, economía, sociología y política. Algunos muy polémicos, ya que actuaban en las luchas del socialismo de la época como líderes de la lucha de la clase obrera y críticos del sistema capitalista. Además fueron abundantes los estudios, la correspondencia entre ellos y con otros dirigentes políticos y obreros, y sus artículos periodísticos.

Este material puede considerarse como las obras clásicas, con las cuales se estructuró, posteriormente, la doctrina marxista.

Los escritos originales respondían a una época (siglo XIX), a la situación económico-social de países como Alemania, Francia e Inglaterra, a las luchas obreras de entonces y fundamentalmente a las concepciones filosóficas de Marx y Engels (La escuela alemana de Feuerbach y Hegel).

Que ese pensamiento haya sobrevivido a la muerte de sus autores adquiriendo vigencia en el siglo XX, es aspecto que corresponde dilucidar a la luz de la historia.

Lo concreto es que en el marxismo encontramos: filosofía, sociología, economía y política. Estos temas los hallaremos desperdigados y entrelazados en varias obras de Marx y Engels.

Por ejemplo en *Miseria de la filosofía* escrita en 1847 para rebatir la *Filosofía de la Miseria* de Proudhon, célebre anarquista francés de la época, Marx critica con ironía esas ideas, pero al mismo tiempo expone los principios del socialismo científico. Se detiene en la dialéctica de Hegel y analiza críticamente el modo capitalista de producción, para luego sentar las bases de una nueva concepción filosófica, económica y política que más tarde iría desarrollando en sus obras posteriores.

En el *Manifiesto Comunista* (diciembre 1848-enero 1849) escrito con Engels a pedido de la asociación obrera "Liga de los comunistas" como programa detallado del partido, a la vez teórico y práctico, está la partida de nacimiento del socialismo científico.

Se pretende que todavía proporcione respuesta a todos aquellos que aspiran a la liberación nacional y social frente a los problemas agudos que enfrenten, y conozcan por medio de él los métodos para analizar los fenómenos más complejos de la vida económica y política. Claro está que a condición de considerar la

situación histórica correcta que se viva, ya que como todo documento histórico, el manifiesto lleva el sello de la época donde se situó.

En “Tesis sobre Feuerbach” (1845) como en *La ideología Alemana* con Engels (1846), ya Marx había expuesto su opinión sobre el materialismo y la filosofía clásica alemana, y anunciado sus principales postulados.

El Capital (I tomo escrito en 1867), por mucho tiempo su libro más nombrado, se propone como objetivo en una larga argumentación, la abolición de capital como fuente de beneficio y del dinero como fuente de poder.

A pesar de sus duras y críticas formulaciones sobre el capitalismo y del anuncio de la destrucción del mismo y el advenimiento de la etapa histórica que le sucederá, la producción comunitaria, sus argumentos son considerados por algunos más que economía política, una filosofía de la economía. (Keynes, distinguido economista contemporáneo, afirma: “*El Capital* es un libro de texto de economía anticuado... no sólo erróneo sino falto de interés y aplicación para el mundo moderno”).

En *Crítica del programa de Gotha* (sobre unificación de los partidos obreros socialdemócratas de Alemania, realizados en el Congreso reunido en Gotha en 1875), Marx critica a Lasalle y aclara los términos del *Manifiesto comunista*, por ello el trabajo figura al lado del mismo como fuente imprescindible para conocer los objetivos del partido revolucionario del proletariado y su enfoque sobre el período de transición del socialismo al comunismo.

En *La Sagrada Familia* o *Crítica de la Crítica Crítica*, con Engels se explayan sobre aspectos filosóficos morales y sociológicos.

En la *Guerra Civil en Francia* (escrito en abril y mayo de 1871), hallamos aspectos políticos y opiniones sobre la situación de París.

En *Contribución a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel* se manifiesta contra la religión. En realidad sus expresiones sobre la validez del ateísmo se aprecian en todas sus obras.

Abundante es su correspondencia epistolar con Engels y las publicaciones periodísticas y polémicas, donde se encuentran bases de su pensamiento, en especial no solamente sobre aspectos políticos y económicos, sino que siguiendo con sus inquietudes filosóficas, escribe sobre la obra de Darwin (*La Evolución de las Especies*) a la que considera la tesis científica

de las ciencias naturales, encuadrada en su concepción del desarrollo mediante la dialéctica materialista.

Engels contribuyó a la difusión de las ideas de Marx, mediante los prólogos a las obras del mismo y también sus propias obras.

Uno de los que interpretó estos pensamientos e introdujo novedades acorde con los tiempos modernos y el nuevo lugar de aplicación (Rusia), fue Vladimir Ilich Uliánov (Lenin 1870-1924).

Escribió su principal obra de teoría política *¿Qué hacer?* (1902). Su proyecto para la revolución se basaba en la existencia de un partido sometido a una férrea disciplina compuesto por revolucionarios preparados para actuar como “vanguardia del proletariado” y conducir a las masas trabajadoras a una inevitable victoria. Así nació el partido bolchevique.

En 1905 en *Dos Tácticas* contiene grandes aportes al marxismo enfrentando a los mencheviques.

En 1909 escribió su principal tratado filosófico *Materialismo y empiriocriticismo*.

Expuso la concepción marxista actualizada en *Imperialismo, fase superior del capitalismo*, con una interpretación muy conocida del fenómeno del imperialismo según la óptica marxista.

En *Tesis de Abril*, agregó que sólo los Soviets podrían satisfacer las esperanzas, aspiraciones y necesidades de los trabajadores y el campesinado.

En 1917 plasmó su concepción del auténtico gobierno socialista en *Estado y Revolución*, su aportación más importante a la teoría marxista en la que aboga por la necesidad de la “dictadura del proletariado” como elemento de superación del Estado basado en la dominación de unas clases por otras.

A partir del momento en que actúa Lenin, y con más intensidad al expandirse la Revolución Bolchevique de 1917, el marxismo fue presentado en forma ordenada, con cierta lógica, y con significado y alcances actuales que no se encuentran fácilmente en las obras originales de sus creadores, a no ser que se recurra a sutiles interpretaciones de éstas.

Lenin se decía marxista estricto y propuso la aplicación de los métodos del análisis marxista a los nuevos acontecimientos políticos y económicos que habían ocurrido luego de la muerte de Marx.

Así surgió: *Teoría de la revolución; el Imperialismo, fase superior del capitalismo; el Poder Soviético; el Partido*

Comunista, (Partido de elite, vanguardia revolucionaria del proletariado). La Unión Soviética, el estado creado sobre las cenizas del imperio zarista, siguió los pasos de su líder revolucionario.

Hasta el gobierno de Gorbachov, Lenin encarnaba el marxista moderno revolucionario, aunque ya parecen pertenecer al pasado muchas de sus aseveraciones (el sistema soviético de Comités, el internacionalismo proletario, el partido, etc.).

Sus partidarios se remiten a su papel histórico como estadista y como fundador del estado soviético y la transformación socialista de Rusia.

Gorbachov es el último leninista confeso, como se reconoce en su libro *Perestroika*.

Yelsin intenta renovar el poder de Rusia al margen de la ideología. Por lo menos, lo manifiesta. Hace una semana, al conmemorarse un nuevo aniversario de la Revolución Bolchevique (oct. a nov.), llegó a decir “La revolución rusa fue un error fatal”.

Cómo definir

Si se admite una definición simple del marxismo-leninismo como el desarrollo de las ideas de Marx, Engels y Lenin, habría que agregar que entendemos por *teoría*, “todos los principios derivados de la concepción filosófica, sociológica, política y económica de Marx” y por *práctica* “la acción política militar llevada a cabo por Lenin y continuada por toda la escuela soviética posterior, con el agregado de los movimientos no soviéticos” (trotskismo, titoísmo, maoísmo, etc.).

A tantos años de desarrollo del movimiento comunista, qué vigencia podría tener éste a la luz de los cambios modernos, es lo que intentamos precisar.

Para ello propongo un trabajo de exégesis. Los términos, tal cual fueron originariamente desarrollados, si se los separa de las circunstancias históricas, geográficas y culturales y no se les encuentra una posible asociación con los hechos modernos, no nos permitirían obtener conclusiones. Por eso, recordemos que Lenin, sobre el filo de la enunciación marxista, ya actualizó esos conceptos pensando en Rusia, en otra época y en otras circunstancias; que por mucho tiempo los soviéticos se pusieron a actualizar sus políticas, sin negar al marxismo leninismo en su terminología; que otros movimientos se consideran marxista-leninista y difieren substancialmente entre sí.

¿Pues entonces, qué queda del marxismo-leninismo que nos permita asegurar su vigencia?

Enunciaremos algunas de sus tesis fundamentales e intentaremos encontrarles asociaciones modernas.

Tesis fundamentales

Materialismo dialéctico

Este término suena como obsoleto y digno de quedar guardado en una vieja biblioteca de temas filosóficos. Sin embargo, cuando se trata de volver a las fuentes del marxismo es indispensable tener en cuenta que la estructura ideológica de éste descansa, justamente, en esta concepción del mundo.

Este tema ha sido motivo de numerosos estudios que insumirían más tiempo que el permitido para desarrollarlos, aun sintéticamente.

Destacaremos muy brevemente algunos aspectos que se acerquen a la modernidad. Rescato lo más claro del filósofo y sociólogo soviético Víctor Afanasiev en su *Manual de Filosofía*.

Se pregunta Afanasiev ¿Qué estudia la filosofía marxista? Y responde que su principal objeto es la solución del problema fundamental sobre la relación del pensar y el ser. Y afirma que, sobre este tema, sólo la filosofía marxista ofrece una solución *científica*. Y finalmente afirma: “La filosofía del marxismo es el *materialismo dialéctico*. Es materialista, porque considera que la materia, el ser, es lo primario, y la conciencia lo secundario. Es *dialéctica* porque considera el mundo material en movimiento, desarrollo y renovación constante.

Expuesto así, no es una novedad el planteo, ya que desde la antigüedad griega ha habido filósofos materialistas y también quienes han utilizado el método dialéctico. En última instancia, cercanos a Marx, dos filósofos alemanes, Feuerbach y Hegel, lo inspiraron en el materialismo y en la dialéctica, que él unió, y así le hace decir a Afanasiev “Resuelto así, acertadamente el problema fundamental de la filosofía, el materialismo dialéctico descubre *las leyes más generales del desarrollo del mundo material*, leyes que son también objeto de su estudio porque, a diferencia de las leyes particulares, el materialismo dialéctico estudia las *leyes generales* a las que se supeditan todas las esferas de la realidad.

Si nos detuviéramos y profundizáramos solamente este análisis filosófico, no nos explicaríamos el sentido actual de la

ideología, ya que encontraríamos a diario posiciones materialistas o dialécticas, y aún unidas, pero no se nos permitiría tildarlas de marxistas por ese solo hecho.

Materialismo histórico

Es importante recalcar que Marx creyó descubrir el carácter materialista dialéctico de la vida social. Así creó el materialismo histórico, teoría supuestamente científica del desarrollo social, método del conocimiento y transformación revolucionaria de la sociedad. Así entró en temas más importantes, influyentes y al alcance de un mayor público: la política, lo social y lo económico.

Los filósofos y sociólogos marxistas sostienen: “Sólo Marx y Engels supieron descubrir lo complejo y contradictorio del desarrollo social. Superaron los defectos de la sociología precedente y crearon una teoría cualitativamente nueva del desarrollo social: el materialismo histórico (algunos suelen llamarlo *interpretación materialista o económica de la historia* porque en él se asigna importancia decisiva a la actividad económica y al enfrentamiento de las clases sociales en la evolución de la sociedad humana. Así podría predecirse científicamente el porvenir de la humanidad).

Siguen esos sociólogos insistiendo en que Marx y Engels resolvieron el problema fundamental de la filosofía aplicada a la sociedad, y formularon la tesis principal del materialismo histórico: “*la existencia social determina la conciencia social*”.

¿Qué son la existencia social y la conciencia social?

En la esfera de la *existencia social* se incluye la vida material de la sociedad y, ante todo, la actividad productora de los hombres, las relaciones económicas que se establecen entre ellos en el proceso de producción.

Conciencia social es la vida espiritual de los hombres, las ideas, teorías y opiniones por las que se rigen en su actividad práctica.

Marx y Engels afirmaban que la existencia social es lo primario y la conciencia social lo secundario. “Vivir es, en primer lugar, comer, beber, alojarse, vestirse y algunas otras cosas. El primer acto en la historia es, pues, la producción de los medios destinados a satisfacer estas necesidades, la producción de la vida material (Marx, Engels: *La ideología alemana*).

Así, Engels sostiene en *Socialismo utópico y socialismo científico* y en *Anti-Duhring*: "... las últimas causas de todos los cambios sociales y de todas las resoluciones políticas no deben buscarse en las cabezas de los hombres ni en la idea que se forjan de la verdad eterna ni de la eterna justicia, sino en las transformaciones operadas en el régimen de producción y de cambio. Han de buscarse no en la filosofía, sino en la economía de la época que se trata".

La base y la superestructura

Así surge otra tesis, teoría o doctrina enunciada por los marxistas: "la base y la superestructura", que se enuncia así:

La base de la estructura de toda sociedad es el régimen económico de ese momento y en especial las relaciones de propiedad imperantes. En el concepto marxista la ideología, que es el conjunto de ideas y teorías políticas y jurídicas, las concepciones religiosas, filosóficas, sociales y morales de cada sociedad, entrando también las ciencias sociales, el arte, los sentimientos sociales, el estado de los espíritus, costumbres, etc. y las instituciones y organizaciones (el Estado, la Iglesia, los Partidos Políticos, los Tribunales, etc.) surgen de esa base concreta y forman la superestructura de la sociedad. Cada sociedad histórica tiene su base específica y la superestructura que le corresponde, por lo que todo cambio en la base traerá una sustitución de la superestructura o sea modificaciones radicales en cuanto a la organización del Estado, el derecho y, por supuesto y fundamentalmente, a todo el resto de la ideología.

Esta teoría es una crítica al capitalismo, ya que Marx considera que toda la estructura de la sociedad liberal descansa o se origina sobre esa base económica.

La lucha de clases

Otro enunciado marxista para explicar el desarrollo de la historia descansa en el concepto de clases y una vez aceptada la definición "clasista" basada en ser una consecuencia del modo de producción del momento histórico, el materialismo histórico desarrolla su tesis de que la evolución de la historia se produce como consecuencia del enfrentamiento entre las clases.

Aprovechando la dialéctica hegeliana de tesis, antítesis y síntesis, Marx, Engels, por supuesto, posteriormente apoyado por Lenin y cuanto marxista se identifica con ellos, sostienen:

“La historia de todas las sociedades que han existido hasta nuestros días es la historia de la lucha de clases. Hombres libres y esclavos, señores y siervos, maestros y oficiales, en una palabra: opresores y oprimidos se enfrentaron siempre” (Marx-Engels: *Manifiesto comunista*). “Por lo que a mí respecta, no me corresponde el mérito de haber descubierto ni la existencia de las clases en la sociedad moderna ni la lucha entre ellas. Mucho antes que yo, los historiadores burgueses habían descrito el desarrollo histórico de esta lucha de clases, y economistas burgueses habían revelado su anatomía económica. Lo que yo aporté como nuevo fue haber demostrado: 1° Que la existencia de las clases sólo está ligada a fases históricas determinadas de la lucha en la esfera de la producción; 2° Que la lucha de clases conduce necesariamente a la dictadura del proletariado; 3° Que esta misma dictadura únicamente constituye el paso para la abolición de todas las clases y para llegar a una sociedad sin clases” (Marx: *Carta a Weydemeyer*, 5-3-1852). “La clase laboriosa reemplazará en el curso de su desarrollo, a la antigua sociedad civil, por una asociación que excluirá las clases y su antagonismo” (Marx: *Miseria de la filosofía*, 59).

El determinismo histórico (el fin de la historia)

Si bien no es una originalidad de Marx, el asegurar el *fin de la historia*, es parte de su concepción en el materialismo histórico.

Fiel a Hegel, y mediante la inversión que le efectúa, en el desarrollo de la lucha de clases como motor de la historia, llega a asegurar el fin de ésta, cuando expone la meta final: el comunismo o la sociedad sin clases. Y va tan lejos, que un siglo antes quiere hacer realidad la llamada “globalización”, ya que su visión es mundial.

Sobre este punto, como con los anteriores, no podemos tildar de marxista a quien se aferre a estas ideas. Hace tres años criticamos a Francis Fukuyama, siendo que su determinismo histórico lo llevaba a las antípodas del comunismo, ya que él veía la democracia liberal como culminación del devenir histórico. Lo hicimos en un trabajo: *La sombra de Hegel y Marx. El Fin de la Historia*, editado en un volumen de la Academia Nacional de Derecho y Ciencias Sociales de Córdoba.

En los dos últimos párrafos escribimos: *Última Consecuencia*. “Pero, cuidado, cuando los hombres se creen en posesión del secreto de una organización social perfecta que haga imposible el mal, piensan también que pueden usar todos los medios, incluso la violencia o la mentira, para realizarla. La política se convierte entonces en una ‘religión secular’, que cree ilusoriamente que puede construir el paraíso en este mundo. De ahí que cualquier sociedad política, que tiene su propia autonomía y sus propias leyes, nunca podrá confundirse con el Reino de Dios” (Carta Encíclica Centesimus Annus, Juan Pablo II).

Como corolario al “fin de la historia”, el Catecismo de la Iglesia Católica es muy concreto sobre esas ideas cuando menciona la existencia de una impostura religiosa que aparece esbozada mesiánica en el transcurrir de la historia, lo cual no puede alcanzarse sino más allá del tiempo histórico a través del juicio escatológico (Constitución Apostólica Fidei Depositum, Juan Pablo II, 11 de octubre de 1992).

El Estado

Aunque la brevedad de este trabajo no nos permite entrar en detalles que aclararían la teoría sobre el Estado que desarrolla el marxismo-leninismo, la enumeración de dos o tres ideas básicas nos permitirá llegar a un concepto sobre las mismas.

Primeramente Marx, y sobre todo Engels, parten de la base de que el Estado se origina por la división de la sociedad en clases a raíz de la propiedad privada de los medios de producción y, por lo tanto, el mismo es una creación de la clase dominante para mantenerse en el poder y proseguir su explotación de la clase dominada.

Este concepto es desarrollado por Engels en *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*. Es ratificado por Lenín en *El Estado y la revolución*.

Consecuentemente su tesis final es: *la extinción del Estado*, situación que se producirá con la abolición de la división de la sociedad en clases y la instauración final del comunismo (sociedad sin clases).

Sobre este punto Marx escribe en *Miseria de la filosofía*: “... asentar en lugar de la vieja sociedad burguesa una asociación de la que las clases y sus discusiones estén excluidas y en la que no se dará poder político alguno...”. Engels, en *Socialismo utópico y socialismo científico* y en *Anti-Dühring*, dice: “El

Estado no es abolido; se irá extinguiendo”. Lenín ratifica en *Estado y revolución*: “Para la absoluta extinción del Estado es necesario el Comunismo absoluto”.

¿Pero cuál es la realidad de este experimento? Hasta el momento y aun cuando Kruschev adelantó la entrada en la etapa comunista en aquellos momentos, siempre los países comunistas vivieron la *etapa socialista* considerada etapa intermedia, basada en el concepto de *dictadura del proletariado*, que significaba todo lo contrario de lo sostenido por su doctrina, es decir, se pasó a sostener el *fortalecimiento* de un Estado al servicio de la revolución.

Sobre este aspecto valen las consideraciones que se efectúan sobre otras tesis marxistas-leninistas, ésta es una característica que comparten todos los que sostienen la *ideología del Estado totalitario*.

La revolución

La idea del cambio del sistema tuvo en sus orígenes dos posiciones: la evolución y la revolución. La primera quedó para los socialistas utópicos.

Escribía Carlos Marx: “Es necesaria una transformación profunda de los hombres, la cual no puede producirse sino en un movimiento práctico, en una revolución. Por consiguiente, la revolución no es tan sólo necesaria, sino el único medio”.

Marx y Engels afirmaban en el *Manifiesto Comunista*: “La revolución comunista es la ruptura más radical con las relaciones de propiedad tradicionales: nada de extraño tiene que en el curso de su desarrollo rompa de la manera más radical con las ideas tradicionales”.

Lenin sostenía: “No han entendido jamás las palabras de Marx sobre la necesidad de reemplazar las armas de la crítica por la crítica de las armas”, como una respuesta al reformismo.

La doctrina soviética definió la revolución socialista como: “el conjunto de las transformaciones políticas, sociales, económicas y culturales que conducen a la supresión total del viejo régimen y a la construcción del socialismo”. “Comienza con la destrucción política, con el aniquilamiento del poder del capitalismo y la instauración del poder revolucionario”.

Queda pendiente aclarar una duda. Marx sostenía que las contradicciones del capitalismo originan la lucha de clases. ¿Cómo se podría producir, entonces, la revolución si el capitalismo no ha alcanzado el desarrollo previsto por la teoría?

¿Cómo se explica la revolución bolchevique en una Rusia feudal? ¿Y la actuación de movimientos comunistas en los países sin desarrollo industrial? ¿Cómo se compatibiliza la insistente mención sobre la misión de la clase obrera, con la actividad de los intelectuales marxistas?.

La doctrina se apoyó en las tesis de Lenin, que encuentra la posibilidad del triunfo en un país en donde no se dan las contradicciones de la lucha de clases a nivel local, si se considera el plano mundial de la lucha contra el imperialismo.

La revolución se puede efectuar, así, allí donde exista algún enfrentamiento de contradicciones antagónicas, que pasa a ser la versión actualizada de la lucha de clases clásica.

De acuerdo con este pensamiento no existe, ya, ningún país que, a causa de su atraso económico o de cualquier otra razón interna, no pueda adentrarse en el camino de la revolución socialista. Esta es, por tanto, posible en todos los países del mundo.

A partir de este fundamento, su ejecución no es una consecuencia de la situación, sino una decisión voluntaria que aprovechará cualquier situación propicia.

Por eso, el que afirmó el concepto de revolución fue Lenin que la definió: “Es una lucha tenaz, sangrienta e incruenta, violenta y pacífica, militar y económica, pedagógica y administrativa, contra la potencia y las tradiciones de la sociedad antigua”.

La revolución puede tratarse en dos formas: *la política* que comprende los procedimientos que se utilizan para apoderarse del poder político; y *la social* que abarca todos los cambios, económicos, estructurales e ideológicos que conducen a la nueva sociedad.

No hay un orden establecido. Por mucho tiempo se temió y atacó la primera y se descuidó e ignoró la segunda, que a la postre resultó más eficaz, hasta el día de hoy.

Lenin sostenía que para producir una revolución se necesitaba un ambiente propicio.

Por este motivo la doctrina soviética había elaborado algunas normas generales para juzgar si están dadas las condiciones para una revolución, transcribiendo del pensamiento leninista los signos que caracterizan la situación revolucionaria:

1. Imposibilidad para las masas gobernantes de conservar su dominación; crisis en las “alturas”; crisis en la política de la clase dominante, que abre una grieta por la que se filtran el descontento y la indignación de las clases oprimidas. Para que la

revolución se produzca no es bastante que los de “abajo no quieran la situación sino que los de arriba no puedan” mantenerse en el poder.

2. Una agudización, superior a lo ordinario, de las necesidades y calamidades del pueblo.

3. Una elevación considerable, en virtud de las causas anteriores, de la actividad de las masas que deben ser llevadas a una actitud revolucionaria.

“Con otras palabras una revolución necesita de una crisis nacional, es decir, una crisis que abarque por igual a las capas bajas y a las altas de la sociedad.” (sic).

Se consideran que existen causas objetivas y subjetivas. Entre las causas objetivas que caldean la situación y hacen probable la explosión revolucionaria, se mencionan: un brusco empeoramiento de la situación económica; desocupación en masa; rápido encarecimiento de la vida; fenómenos de crisis en la economía. Pero no son solamente factores económicos, sino que las contradicciones pueden agudizarse, también, en virtud de causas políticas.

Pero para Lenin no eran suficientes las causas objetivas, a éstas debían unirse las subjetivas. En este aspecto es importante la capacidad y decisión de la clase revolucionaria, “porque aún en época de crisis el poder no cae por sí mismo, si no lo tiran”.

Este criterio demuestra que la situación revolucionaria es importante, y puede producirse por causas objetivas, pero también puede ser creada, o por lo menos incrementada.

También está históricamente demostrado que no siempre se necesita llegar al estado más crítico para producir la revolución. Esta puede darse por la actividad de la dirigencia revolucionaria, aprovechando el momento oportuno.

Gramsci, uno de los fundadores del partido comunista italiano, marxista-leninista declarado, no renegó de sus principios pero sugirió invertir los términos y colocar, en el orden, primero la *revolución social* (algunos la llaman cultural).

La economía

El problema económico y principalmente el ataque al sistema de producción capitalista fue la base del enfrentamiento del marxismo y sus seguidores contra la democracia liberal.

Si recordamos que la esencia de la presentación marxista de la estructura social es su doctrina de la base y la

superestructura, se comprende por qué la base, la economía, es el centro de atención de la disputa comunismo-anticomunismo; marxismo-antimarxismo.

Se presentó de esta manera el problema, mostrando por parte de Occidente su adhesión a la ley del mercado y la defensa de la propiedad privada, y por el otro lado la economía dirigista o estatista o la propiedad colectiva de los medios de producción.

Esta sola condición identificaba a los estados como liberales o comunistas, o en paso por el socialismo.

En muchas ocasiones se dejó de considerar las implicancias políticas de un régimen dictatorial engendrado por esa ideología; las persecuciones religiosas de una posición atea militante; la falta de libertad con las conductas culturales (arte, literatura, música, etc.) cuando se consideraban como agresiones a la ideología; y otros aspectos destacables.

Todas estas manifestaciones quedaron tapadas por las ventajas y desventajas que ofrecía un régimen en lucha contra el capitalismo.

Hoy, que por efecto de la caída del régimen comunista se presenta un nuevo orden en el que entran los antiguos estados comunistas, y que se caracteriza por una tendencia a aceptar un solo principio de orden único, parece que el factor ideológico no tuviera incidencia.

Tanto es así, que hasta uno de los más poderosos exponentes del sistema comunista, que continúa en pie, China continental, expone su teoría "Un solo país, dos sistemas" (continúan siendo comunistas en lo ideológico, político, pero aceptan entrar en la economía de mercado). Cuba, un resto con menor representatividad del viejo tronco, intenta conciliar su vieja identidad ideológica con las necesidades de la entrada en el mercado.

Se olvida así con un enfoque parcial que la política económica marxista no es una ciencia sino una filosofía con objetivo bien definido.

Si a esto se agrega que muchas de las características que se muestran en los distintos experimentos comunistas no resultan de la identificación que hagan ellos con las propuestas originales, sino que son la resultante de aceptar para su gestión sistemas dirigistas y planificados de la economía enfrentando a las leyes del libre mercado, la confusión ideológica es mayor y excede el marco del marxismo.

La moral

Es interesante destacar dos posiciones frente al problema de la moral que marcan una diferencia.

Víctor Afanasiev, soviético marxista, escribía: “La moral es un conjunto de normas y reglas de conducta de los hombres con la sociedad, que caracterizan sus opiniones de la justicia y la injusticia, del bien y el mal, del honor y el deshonor, etc.” Y he aquí la base: “A diferencia de las jurídicas, las normas y reglas de la moral no están prescriptas en leyes, sino que se mantienen por la fuerza de la opinión pública, de las costumbres, usos y educación, por la fuerza de los estímulos internos del hombre”.

Florencio Arnaudo, argentino y católico, escribe: “La moral es aquella disciplina que tiende a procurar el bien del hombre, orientando sus actos hacia su propia perfección o destino final. Para procurar este objetivo debe determinarse previamente cuál es el fin del hombre. Satisfecho este interrogante, la moral establecerá qué normas de conducta deben observarse para alcanzarlo, cuáles son los medios adecuados, y cuáles los lícitos”. Y continúa: “Todo sistema moral debe responder a estas preguntas: 1) ¿De dónde proceden las normas morales?; 2) ¿Son permanentes o deben adecuarse a las circunstancias?; 3) ¿Cómo se reconocen las normas válidas?”

Veamos ahora el enfoque del marxismo-leninismo. Engels en *Anti-Dühring* sostiene: “todas las teorías morales anteriores son el producto, en último análisis, de la situación económica que una sociedad haya alcanzado en una época particular”. Insiste: “Rechazamos todo intento de imponernos ningún dogma moral, cualquiera que sea, como ley eterna, definitiva y siempre inmutable”.

Pero Lenin, modernamente, es más concreto: “Moral es lo que sirve para destruir a la vieja sociedad explotada”. “Nuestra moral está enteramente subordinada a los intereses de la lucha de clases”. Su tesis era: “Es moral todo lo que sirve al éxito de la revolución”.

Este relativismo del concepto de moral identifica a todos los que se adhieren en función de un resentimiento al estado de cosas del momento en que viven, y al desconocimiento que tienen, por supuesto, de toda norma que trascienda a la utilidad materialista del hombre.

Así lo define nuestro académico el Canónigo Gustavo Eloy Ponferrada en una publicación de la “Revista de la Universidad Católica de La Plata” de 1986, al desarrollar el tema: *El problema de Dios en la actualidad*, cuya lectura recomiendo.

“El hombre marxista deber ser necesariamente ateo, como consecuencia lógica de su principio básico: el materialismo”. “El ateísmo es esencial al materialismo dialéctico”, que hemos definido al principio de este trabajo.

Sostiene Marx que la idea de Dios es alienante, y, por ser la primera de las alienaciones, la religión debe ser eliminada. Sólo después se eliminarán las otras alienaciones, la filosófica, la política y la básica, la alienación económica.

Esta posición hace comprender por qué en los Estados comunistas la lucha antirreligiosa ha sido tan violenta y permanente.

El desviar al hombre de objetivos finales trazados por el poder político en aras de un fin trascendente anula la lucha revolucionaria y lo conduce al conformismo. No es por lo tanto aceptable por los marxistas.

Conclusiones

Hasta aquí hemos enunciado algunas tesis clásicas.

Las noticias que nos llegan sobre acontecimientos políticos, económicos y sociales que se producen en el mundo y en nuestro país nos permitirían formar opinión sobre los alcances de la persistencia de la ideología y en especial de su praxis en relación con algunas de las tesis que hemos enunciado brevemente.

Para concretar ese pensamiento dirijamos la vista en dirección a tres o cuatro hechos que marcan hitos.

Primero: la vigencia de poderosos Estados comunistas como China continental que no niegan su adhesión al régimen comunista a pesar de su nueva orientación económica (Tesis “un país, dos sistemas”). A esto es necesario agregar los movimientos subversivos en países americanos, asiáticos y africanos especialmente.

Segundo: otro hecho que nos obliga a pensar sobre la posibilidad de asistir a una nueva forma de ideología, son los

movimientos de izquierda que se rotulan “no comunistas”, pero que presentan formas larvadas de marxismo.

Anales de la Academia en su tomo XXI (1992), en Bibliografía de Revistas Extranjeras, hace mención a una publicación de “Revue Politique et Parlementaire” (enero-julio 1992). Todo el número está dedicado al atrayente tema “La izquierda europea después de la caída del comunismo”, con 39 artículos originados en un coloquio que organizó la Fundación Jean Jaurés y en el que participaron profesores universitarios, sociólogos, políticos y científicos del Este y del Occidente europeo.

Queda a criterio del lector leerlos y sacar conclusiones. Yo me limitaré a destacar que Alexis Berelowitch en “La fin de l’ideologie des landemains que chantent”, dice que el fracaso del sistema soviético no es solamente económico sino el de los fundamentos ideológicos y que la ideología de los mañanas no funcionará más.

Dominique Colas en “Une entreprise deliberée de destruction de la démocratie” afirma que el propósito perseguido por Lenin fue erradicar una cultura política fundada en el derecho para dar paso a otra fundada en la violencia.

Pero entre estas afirmaciones que pueden aclarar el sentido teórico-práctico de la ideología, Georges Labica en “Le pari perdu” sostiene que lo que ha muerto es el comunismo no el marxismo, encontrándose ya en marcha un proceso de transformación social en su tierra de origen, que no es Rusia, sino el Occidente europeo, donde encuentra cumplidas las condiciones que aquella no reunía al lanzarse el comunismo (concepto éste para meditar).

Tercero: por último deberíamos profundizar el fenómeno actual sobre el auge de la globalización.

Me permito advertir que “globalizar” es un verbo neológico no registrado por la Academia en su Diccionario de la Lengua. Y que tampoco tiene registro, por lo tanto, el postverbal “globalización”. No obstante, este último se ha generalizado en forma que ha invadido a todos los lectores y como ha ocurrido con otros neologismos, puede ser que la Academia lo incorpore en un futuro.

Por ese motivo me sumaré a los que lo utilizan tratando de precisar en cada caso los alcances del mismo.

La relación que este hecho contemporáneo tiene con el tema de esta comunicación espero quede aclarado en el transcurso de su desarrollo.

Dejando fuera de la discusión las bases del pensamiento globalizador, que perteneció a los viejos filósofos al tratar de explicar el misterio del hombre y el mundo, tratemos el aspecto actual.

La concepción de la globalización se debe a la influencia que en menos de dos décadas ejercen los medios de comunicación.

La imagen de un achicamiento virtual del planeta que el profesor canadiense Marshall Mc Luhan desarrolló en su libro "La aldea global" mostrando cómo los medios acercaron naciones, regiones y comarcas, ha dado lugar a interpretaciones diversas sobre este fenómeno. Podríamos decir que el efecto globalizador fue originado por la acción de los medios.

Nuestro académico el doctor Víctor Massuh, que ha escrito sobre el tema, se refiere a la globalización: "Esta es el resultado de un hecho mayor: 'la abolición de la distancia'. Por obra de la comunicación y de los prodigios de la electrónica, se logró una aproximación entre los pueblos y sus instituciones. Las avenidas de la información hacen posible el contacto simultáneo con cualquier punto del globo".

Pero advertimos, entonces, que esos contactos hacen posible, también, el acceso de los conocimientos, la acción de los intereses especialmente los económicos, las influencias políticas y, ¿por qué no?, los contagios ideológicos.

Aunque la globalización se muestra actualmente con marcado énfasis con la identidad económica a la que seguirían con un mismo modelo todos los países, el fenómeno puede alcanzar a todos los aspectos de la sociedad.

En un reciente encuentro realizado en Buenos Aires hace unos meses, en las 8vas. Jornadas Bancarias de la R.A., se escucharon disertaciones tan diversas como: la globalización económica; el mundo globalizado y Estado necesario; cultura y globalización; ¿el ocaso de las naciones?; ¿hay una globalización política?; el nuevo Estado de la globalización; ¿Fuerzas Armadas nacionales en un mundo globalizado?; globalización y multiculturalismo; y otros.

No podemos, en esta breve comunicación, desarrollar la idea de cada autor. Pero la enunciación de algunos de esos títulos nos permite establecer la amplitud con que se puede presentar la globalización.

Massuh disertó en esas Jornadas sobre el tema: "Globalización y multiculturalismo" y luego de establecer el aspecto favorable de la globalización dijo: "Lo que acabo de

decir sería el discurso de la versión angélica. Los que no concuerdan con él prefieren atribuir a la globalización cierto satanismo. Señalan sus peligros y advierten que el milagro de la comunicación y de la ubicuidad no es sinónimo de inmediatez vivencial. La uniformidad global no significa universalismo. La abolición de la distancia no implica cercanía verdadera. Tampoco la abundancia de información nos pone en los umbrales del conocimiento”.

Y continúa: “Pese a las dos caras de la globalización, un hecho resulta irreversible, que ya estamos instalados en ella y es el horizonte de nuestro tiempo”.

Por eso concluye este pensamiento afirmando que “no puede desconocerse ya el vínculo de la globalización con las dos hazañas mayores de nuestra época: la democracia liberal y la sociedad abierta”.

Así hemos llegado, con la brevedad que nos impone este trabajo, a plantear el problema de fondo: ¿una globalización con alcance total o parcial; sentido final o relativo?

Dentro de estos interrogantes surge el peligro que algunos autores se resisten a admitir: la existencia de una ideología de la globalización.

Al respecto, en 1993 publicamos *Síndrome de las ideologías*, donde entre varias definiciones posibles aceptamos la de quienes sostenían: “La ideología es un sistema de ideas (políticas, económicas, sociales, culturales) predeterminadas que, presentadas en forma absoluta y dogmática enuncian una respuesta aceptada como verdadera y única para toda la sociedad” (En este caso sería para el mundo).

Para acercarnos más al tema recordemos que Marx no fue un creador, sino que recopiló ideas.

Por lo tanto no es de su patrimonio, pero sí fue elegido por los marxistas el sostener el fin de la historia en un pensamiento globalizador: la sociedad sin clases y todo lo que ella implicaba.

Como ya lo dijimos anteriormente, esta idea hegeliana fue invertida por Francis Fukuyama sosteniendo el fin de la historia en otro pensamiento globalizador: la democracia liberal.

Los dos han sido criticados por su posición absolutista, aunque el mundo de Fukuyama sea para nosotros más comprensible y aceptable cuando pensamos en la libertad.

Estos absolutismos sobre la libertad han sido criticados hace muy poco por la original tesis de Samuel Huntington en “El choque de civilizaciones”, quien arremete contra la

globalización de cualquier sentido, considerando que “la heterogeneidad cultural de las civilizaciones no sólo es irreductible al abrazo de la globalización, sino incluso más determinante que los imperativos tecnológico-económicos”.

No podemos entrar aquí con un análisis profundo de lo que surge de estos pensamientos, pero si la globalización llega a ser un fenómeno que supere la realidad del achicamiento del mundo y de la necesaria interdependencia de los fenómenos que en él se producen, especialmente en una realidad como la economía global, y pretende imponer un modelo abarcativo único en lo político, económico, social, cultural, ecológico, etc., nos enfrentaríamos con una *ideología*, a la que le faltaría solamente el signo direccional, para acabar con la auténtica libertad.

Para terminar este análisis, y ya no precisando los riesgos ideológicos de una globalización total a nivel universal, destaquemos una crítica parcial efectuada a la globalización económica en su modelo actual, el libre mercado.

El libro *La Sociedad Global -Educación, mercado y democracia-* de Noam Chomsky y Heinz Dieterich es prologado por Atilio Borón con el sugestivo título *La globalización, ¿Fase superior del imperialismo?* (Lenin había escrito sobre el imperialismo, fase superior del capitalismo), y en su presentación dice: “El texto que el lector tiene en sus manos es un documento de excepcional importancia para la comprensión del mundo en que vivimos. Incluye a guisa de introducción a la vez conceptual y teórica, un brillante trabajo de Noam Chomsky en donde se abordan algunos aspectos cruciales del fenómeno de la globalización en el capitalismo contemporáneo analizando la doctrina oficial sobre el nuevo orden mundial. Chomsky se aboca a una prolija deconstrucción del mito del “libre mercado”, dogma cardinal del neoliberalismo. El libro se completa con un extenso ensayo de Heinz Dieterich, sociólogo alemán radicado en Méjico, dedicado al examen de los impactos de la globalización sobre la educación, los mercados y la democracia en América Latina.

En su conjunto, la contribución efectuada por nuestros autores ofrece pues un cuadro detallado y sintético, a la vez que profundo, de las recientes transformaciones ocurridas en el sistema capitalista internacional y sus consecuencias, tanto para los capitalismos centrales como para los de la periferia”. (sic)

Esta iniciación no ofrecería grandes diferencias con otras críticas que se efectúan, aunque para el lector avezado no deja de

inquietar una terminología bien identificada con ciertos sectores ideológicos.

Pero las páginas que siguen en este prólogo son indubitables. Leamos: “Estas transformaciones son la maduración de aquellas tendencias precozmente detectadas por Karl Marx y Friedrich Engels en *La ideología alemana* y, más tarde, en el *Manifiesto del Partido Comunista*, recordando sus palabras en el último de los textos mencionados, cuya actualidad no deja de sorprender a quienes se asoman al estudio de este tema:Espoleados por la necesidad de dar cada vez mayor salida a sus productos, la burguesía recorre el mundo entero... Mediante la explotación del mercado mundial, la burguesía dio un carácter cosmopolita a la producción y al consumo de todos los países... Las antiguas industrias nacionales han sido destruidas y están destruyéndose continuamente.

Son suplantadas por industrias que ya no emplean materias primas indígenas, sino materias primas venidas de las más lejanas regiones del mundo... Y culminan, premonitoriamente, advirtiendo que la burguesía... obliga a todas las naciones, si no quieren sucumbir, a adoptar el modelo burgués de producción, las constriñe a introducir la llamada civilización, es decir, a hacerse burgueses. En una palabra se forja un mundo a su imagen y semejanza. (sic)

Ahí no se detiene el prologoista y completa su discurso ideológico: “En su tiempo Lenin supo extraer las consecuencias correctas de las significativas novedades que exhibía el capitalismo a comienzos del siglo XX: el advenimiento de los monopolios y la práctica desaparición de la competencia, teóricamente reinterpretadas como manifestaciones de un tránsito hacia una fase superior del capitalismo. De igual modo las tendencias observadas a fines de siglo podrían sintetizarse – en una paráfrasis de la clásica formulación leninista- afirmando que la globalización constituiría una nueva fase superior y por ende más altamente evolucionada, penetrante, y abarcativa del imperialismo, dotado ahora de inéditos poderes de desestructuración y reestructuración regresiva tanto de las arcaicas como de las más modernas formaciones sociales del capitalismo internacional”. (sic)

Sigue efectuando críticas al orden mundial y a la situación nacional, concluyendo con este párrafo: “Ningún demócrata y mucho menos un socialista, podrían convalidar semejante locura. Pero, como todos sabemos, los criterios que establecen la línea que demarca la locura de la sensatez son

creaciones sociales, y la sociedad capitalista ha sido sumamente eficaz en equiparar la crítica a sus instituciones y sus prácticas con la locura y la delincuencia, mientras que los sofismas de los defensores del sistema son tenidos por sesudas observaciones de gente cuerda y responsable. La contribución chomskyana al estudio de las formas mediante las cuales los capitalistas logran manufacturar el consenso de nuestras sociedades es un estupendo antídoto contra tales extravíos. Y ésta es una razón más para aventurarnos en la lectura de este libro.” (sic)

Esta publicación sería una prueba de la nostalgia marxista leninista, pero es más grave si consideramos que fue editada en octubre de 1996 por la Oficina de Publicaciones para el Ciclo Básico Común (CBC) de la Universidad de Buenos Aires, donde inician sus estudios nuestros jóvenes estudiantes.

Si a esta persistencia en las ideas ortodoxas del marxismo, agregamos el ataque permanente de sectores en contra de la moral, la ética, las buenas costumbres, sirviendo como elementos disociadores de la persona, la familia, la sociedad y sus instituciones fundacionales que son los pilares de la estructura de la República; las manifestaciones callejeras de violencia bajo estandartes rojos recordatorios; comentarios ideológicos usando técnicas subliminales de acción psicológica, abusando del uso de los medios; y por si fuera poco la realización de homenajes a héroes míticos del marxismo; nos sentimos tentados a pensar que aún queda camino por recorrer para afirmar la democracia y erradicar la ideología en su teoría y en su praxis, cualquiera sea el nombre o ropaje que ésta adopte.

Corolario

Como corolario, la Carta Encíclica Centesimus Annus del Sumo Pontífice Juan Pablo II resume la visión del tema propuesto cuando al referirse al “Estado de derecho” en el cual es soberana la ley y no la voluntad arbitraria de los hombres, resalta que “a esta concepción se ha opuesto en tiempos modernos el totalitarismo”, en especial la forma marxista-leninista.

Al observar otras fuerzas sociales y movimientos que se oponen al marxismo, lo hacemos en la forma de sistemas de seguridad nacional, o de la sociedad del bienestar y sociedad de consumo, que tienden a derrotar al marxismo en el terreno del materialismo sin considerar la libertad o el valor de la persona humana, enuncia en un párrafo que destaco como cierre de esta

comunicación: "... a muchos les parece que el marxismo pueda proporcionar como un atajo para la edificación de la Nación y del Estado; de ahí nacen diversas variantes del socialismo con un carácter nacional específico. Se mezclan así, en muchas ideologías, que se van formando de manera cada vez más diversa, legítimas exigencias de liberación nacional, formas de nacionalismo y hasta de militarismo, principios sacados de antiguas tradiciones populares, en sintonía a veces con la doctrina social cristiana, y conceptos del marxismo- leninismo".